

han realizado un trabajo más eficiente, y al fin de la experiencia aparecen con un aumento de diez kilogramos de peso por cabeza.

Esta demostración corrobora las ventajas que el azúcar presenta en la alimentación de los animales de trabajo y el beneficio que los hacendados y agricultores pueden obtener empleándola a diario, adicionada a los forrajes corrientes.

CULTIVO DE LA ALFAFA

Este vegetal es muy conocido entre los agricultores por su importancia indiscutible como forrajera, pero su cultivo y beneficio no se ha extendido aún en el radio que debiera ocupar.

La alfalfa es poco exigente respecto a terrenos; le basta un suelo bien removido y con desagües suficientes para evitar destamamientos que dañen las raíces. En terrenos calizos prospera de manera vigorosa y contribuye en gran parte al mejoramiento de ellos, dotándolos de ázoe.

Para obtener buenos resultados en el cultivo de esta leguminosa, es necesario limpiar bien el terreno de yerbas y malezas, para evitar que éstas ahoguen la plantación en los primeros días de su desarrollo. Por consiguiente, las labores de arado deben ser repetidas y profundas; sin araduras bien dirigidas, no debe esperarse un rendimiento aceptable.

Las siembras se efectúan a mano, sobre surcos hechos a 40 centímetros de distancia colocando la semilla a una profundidad no menor de una pulgada ni mayor de dos, según la calidad del terreno. En cada hoyo se depositan de seis a ocho granos, distribuidos en pequeño almálico. Este sistema de siembra ha dado resultados muy favorables, que superan al antiguo de voleo, especialmente cuando se trata de plantaciones de corte.

Es muy importante hacer uso de semillas sanas y vigorosas, libres

de gérmenes extraños, para evitar que el plantío resulte poco uniforme o de escasa importancia económica. La semilla de alfalfa conserva su vitalidad durante cuatro años, y cuando está en condiciones de germinar, tiene un color amarillo brillante con sombras verdosas; si aparece de otro color, debe desecharse, pues de seguro ha perdido su valor germinativo.

Los cuidados culturales que un alfalfar exige, son los mismos que necesitan las plantaciones de maíz, habas, etc. Desyerbos continuos, aporques y regadíos, cuando las lluvias escasean.

El primer corte se hace generalmente después de 40 días de efectuadas las siembras, si el clima en donde radica la plantación es templado; en las regiones frías, el crecimiento retarda naturalmente. El corte debe practicarse cuando empieza la floración, pero si las necesidades exigen hacerlo antes, no hay inconveniente para utilizar antes la planta. Acerca del corte se expresa así el señor A. Opazo, en su importante obra sobre esta leguminosa: "Las primeras siegas de la alfalfa se darán a cuchillo para dejar que la planta forme encajadura. Al segundo año ya la alfalfa está en todo su desarrollo, y es el momento para sacar el pasto más nutritivo y de mejor calidad."

Un alfalfar bien atendido permanece dando rendimientos durante seis a siete años, según la calidad del terreno.

J. F. PESTICO

De El Nuevo Tiempo

Viajeros

Para Choachi salió el Sr. Jesús García acompañado de su hijo Miguel García.

De Ciénega llegó el Sr. Ismael Romero. De Orocué llegaron los señores Manuel A. Sabogal, Crónidas Cortés y Maximiliano Pardo.

Para Bogotá salió el Sr. Aristides Rojas. De Bogotá llegó el Dr. Teófilo Argaña.

Marta Teresa. Y, levantándose de su asiento, desplegó delante de los ojos de su marido, como un trofeo, el trajeito de la niña, diciendo: me ha quedado bien, ¿no es verdad? Te la vas a comer a besos cuando se lo ponga.

Carlos entraba con una gran caja de cartón, que descargó sobre la mesa, mientras decía a su noble mitad:

—Hija, eres una artista, está bellísimo. Y tomándola por el talle la condujo hasta la caja, que abrió apresuradamente: mira mi cuelga.

La sorpresa de María Teresa fue tal que, enlazados los brazos al cuello de su marido, lloraba y reía al mismo tiempo como una chiquilla, sin poder articular palabra. Luego, como volviendo en sí misma, y sin atreverse a tocar la muñeca, exclamó conmovida:

—Carlos, has hecho un disparate. ¿La has tomado a crédito para pagarla más tarde?

Este, soltando una carcajada de satisfacción, le contestó:

No seas loca, recuerda los mareos que me viene produciendo el ciga-

PAGINA DOMINICAL

Epistola del Domingo

Domingo XIV después de Pentecostés. Epist. a los Gal. v. 16 a 24.

Digo, pues, en suma: Proceded según el Espíritu de Dios y no satisfaréis los apetitos de la carne.

Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne, como que son cosas entre si opuestas; por cuyo motivo no hacéis vosotros todo aquello que queréis.

Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estáis sujetos a la Ley.

Bien manifestas son las obras de la carne, las cuales son adulterio, fornicación, deshonestidad, lujuria.

Culto de ídolos, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, herejías.

Envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y cosas semejantes: sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios.

Al contrario, los frutos del espíritu son caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad.

Mansedumbre, o fidelidad, modestia, continencia, castidad. Para los que viven de esta suerte no hay ley que sea contra ellos.

Y los que son de Jesucristo tie-

rrillo desde el día en que la chiquilla se enamoró de la muñeca de Olga. A costa de un vicio insignificante, voy a darle una inmensa alegría a mi adorada Teresita. María Teresa, la frente recostada sobre el pecho de Carlos, lloraba de ternura y de felicidad, mientras repetía entre sollozos:

—No te merecemos, Carlos, no te merecemos. Y sacó de la caja la muñeca, que con sus grandes ojos azules, muy azules, parecía interrogarla.

—¡Se va morir de gusto cuando la vea!

La voz de la niña llamó a la puerta, y Teresa corrió a esconder en su armario muñeca y vestido, hecho un rebojo.

Por la noche, una vez dormida la niña, los esposos sacaron la muñeca para mirarla bien. A María Teresa le parecía más grande y más linda que la de Olga. Pero Carlos aseguraba que eran exactamente iguales, pues habían sido compradas en el mismo almacén, y que la única diferencia

tado a la fiesta de una de sus niñas, y que su pobre Teresita se iba volviendo casi loca con la muñeca que le regalaron a su prima, y que recordó, además, que cuando volvieron a casa le había dicho a Carlos con voz cecita entre desconsoladora y pediguña:

—Papacito, cuando tengas plata y seas rico como mi tío, me compras una muñeca.

Y agregó, embargada en su sueño:

—Pero a mí no me gustan de ojos negros como la de Olga. Yo la quiero de ojos azules, bien azules.

Y Carlos le había contestado, acariciándola con melancólica ternura:

—Si, hijita, el día que cumplas los seis años te la daré, sin pensar que aquello era imposible, pues valía a lo menos la cuarta parte de su sueldo la susodicha muñeca.

Muy sigilosamente se fue abriendo la puerta, y la voz comprimida de Carlos preguntó:

—¿Dónde está Teresita?

—Sigue hombre, sigue, que aún no la han traído del parque, contestó